

El Palacio de Ferias y Exposiciones o la dignidad del monumento periférico

La ciudad está a la espera de una poetización (Jorge Luis Borges)

Hubo un tiempo en que las ciudades eran inteligibles, porque se sabía dónde empezaban y donde acababan, dónde estaban sus centros, dónde sus rincones y dónde sus puertas. La geografía del paisaje era así una geografía del espíritu: nuestro pensamiento se reflejaba en la ciudad y la ciudad, a su vez, condicionaba nuestro pensamiento, como enunció Lewis Mumford. En cualquier caso la ciudad era inteligible porque podía ser representada, por la pintura, por el dibujo o por el grabado. Cuando la ciudad creció pudo seguir siendo representada por la magia de la narrativa. Más difícil todavía, cuando la ciudad explotó en el continuo urbano de una metrópolis inabarcable, la fotografía, el cine y el montaje acudieron en nuestra ayuda para recomponer su unidad anímica. Pero era la unidad de una piel estirada hasta el desgarro, con unos huecos en los que la ciudad parecía haberse desvanecido, agujeros negros de urbanidad en los que todo rasgo de caracterización se disolvía en la anomia: vacíos, en definitiva, que precisaban recuperar su urbana dignidad de lugares.

En el llano de Málaga comprendido entre el Guadalhorce y el Guadalmedina, la expansión radial de la ciudad desde su centro histórico, con su complementaria teoría de arcos concéntricos, quedó violentamente sesgada por la traza de una autopista cuyo surco dio lugar a ribetes de geometrías imposibles, sembrando a su paso un reguero de “no-ciudad”. Hasta que la alcaldesa Celia Villalobos y el arquitecto Ángel Asenjo tuvieron el valor de construir allí el Palacio de Ferias y Exposiciones.

Hubiéramos preferido decir que la construcción de este edificio era una iniciativa normal en el equipamiento urbano de una importante capital española, y no un insólito acto de valor político y arquitectónico. Pero las dificultades intrínsecas que conlleva la construcción de un edificio tan notoriamente representativo y funcionalmente complejo como éste se veían incrementadas aquí por la necesidad de romper la espesa costra de burocracia, rusticidad política y provincianismo estético que obstruye la afloración de una nueva Málaga, a pesar de ello, incontenible. Estas dificultades eran, pues, el sobreprecio que había que pagar por que Málaga entrara por la senda de la normalidad. Aunque...

¿Realmente estamos ante una obra “normal”? El arquitecto Ángel Asenjo, que se encuentra en la cúspide de una dilatada vida profesional - ligada a un indiscutible éxito social desde el momento en que sus méritos han sido ampliamente reconocidos por el gran público- podía haber afrontado este reto como un guiso de “normalidad” arquitectónica logrado a base de mucha profesionalidad constructiva, racionalidad funcional y unos toques de alta tecnología, todo ello cocinado al fuego lento de la corrección política, que le acabaría dando al edificio una dorada capa de modernidad sin estridencias. Estábamos tan ayunos de alta cocina arquitectónica que el plato habría de tener un éxito seguro. Pero es sabido que la categoría artística, profesional o deportiva se mide por la capacidad de asumir riesgos en los momentos más comprometidos, de estar a la altura de las circunstancias. Aquí la circunstancia era ese paisaje descompuesto de la ronda exterior, ese “desventramiento” de las patologías urbanas de los setenta ofrecidas como tratamiento de choque al viajero que se aproximara a la ciudad desde el aeropuerto. Y la altura a la que había que estar era la de saber encontrar una forma que contuviera el caos, como le pedía Samuel Beckett al artista moderno.

El recurso a una estética aparentemente “deconstructivista” no es en Ángel Asenjo un tributo a esta nueva forma de manierismo postmoderno. Su materia de arquitecto es demasiado sólida como para sentirse atenazada por las lecturas previas de un Derrida o un Deleuze a guisa de preparación espiritual para acometer el proyecto. Es más simple que eso. La descomposición volumétrica del edificio es aquí una metáfora del lugar, una forma que contiene, sintetiza y sublima poéticamente el caos de la periferia. Materia de periferia, chatarra de periferia convertida en dignidad arquitectónica. Asenjo consigue que la ciudad ponga un acento de centralidad en ese punto con el lenguaje de la periferia, y no con los manidos cánones de la centralidad histórica. Un camino para encontrar un nuevo *logos* urbano en el *pathos* metropolitano, cuando ya creíamos que, más allá de un límite, lo metropolitano estaba irremisiblemente ligado a la “no-ciudad”.

Contrariamente a lo que sus volúmenes pudieran hacer pensar, la planta del edificio es de una rigurosa eficacia funcional. Las zonas expositivas, las salas de convenciones y áreas administrativas se articulan serenamente en torno a un luminoso patio central. Pero aprendiendo bien la lección que la historia ha dictaminado sobre el Movimiento Moderno, Asenjo, sin demérito de la racionalidad de esa planta, no ha olvidado la enorme responsabilidad simbólica que el edificio debía arrostrar, como estandarte de una ciudad nueva y dinámica, y de ahí esa “monumentalización” externa que alcanza su máximo nivel expresivo en la gran proa de titanio

adentrándose en el mar de la gran ciudad dejando tras de sí unas ondulaciones policromadas. Barco, nave industrial, máquina, hangar, estable inestabilidad que se superpone al ya ambiguo tornasol del titanio....el edificio cambia de luz y de significado varias veces al día, desconcierta, sitúa, identifica, seduce, irrita, asombra, inquieta, intriga, desconcierta a los foráneos para los cuales este artefacto no se corresponde con los códigos que se esperan de una provincia...pero una cosa es cierta: en dos años ha conseguido que ese espacio sea un lugar, y que no nos imaginemos ese lugar sin él. ¿Se le puede pedir más a la arquitectura?

Objetivo plenamente cumplido.

Salvador Moreno Peralta, arquitecto